

## ¿EN QUE MEDIDA, LOS INCAS CONQUISTARON CHILE CENTRAL?

por el prof. HUGO GUNCKEL

De la Sociedad Chilena de Historia y Geografía

"El principal intento y blason de los Incas era reducir nuevas gentes a su Imperio y a sus costumbres y leyes, y como entonces se hallasen ya tan poderosos, no podían estar ociosos sin hazer nuevas conquistas, que les era forzoso, assi para ocupar los visallos en aumento de su corona, como para gastar sus rentas, que eran los bastimentos, armas, vestidos y calçado que cada provincia y reino, conforme a sus frutos y cosecha, contribuía cada año".

Inca Garcilaso de la Vega. *Comentarios Reales de los Incas*. Tomo II. Capítulo xviii: Prevenções para la conquista de Chili, página 128 de la Edición EMECE. Buenos Aires. 1943.

El distinguido historiador sueco, el Dr. A. Wedin, dio a conocer recientemente un "estudio crítico" sobre *La Cronología de la Historia Incaica*, publicado en una de las obritas editadas por el Instituto Ibero-Americano de Gotemburgo, Suecia.

El autor pasa revista a las más antiguas fuentes documentales que se conservan sobre la cronología de la época en que reinaban los distintos 'Ingas del Valle del Cuzco', calculando las épocas en que ellos gobernaron, desde la aparición del primer gobernante de esta dinastía, Manco Cápac, hasta el último, que fue cobardemente asesinado por los invasores españoles, el 29 de agosto de 1533, quemándosele públicamente en la tristemente célebre Plaza de Caxamarca, en el Perú, siendo sí, momentos antes, cristianamente bautizado por el P. Vicente de Valverde, que fuera luego el primer obispo de la ciudad del Cuzco.

"La historia, la geografía, la arqueología, la tradición y los documentos, todos arrojan su rayo de luz sobre esta cuestión; hasta que nos encontramos con un cúmulo de evidencias que sería presuntuoso contravenir". Latham, a quien debemos las palabras anteriores, agrega que "es siempre preferible, más científico y más fácil, comprobar un hecho con datos positivos, y no por argumentos negativos".

Una verdadera documentación, auténticamente prehispana, no existe, ya que los incas no tuvieron escritura propia. Esta es la causa de que los documentos que corresponden a las más antiguas fuentes son los escritos por algunos conquistadores, por sacerdotes y monjes, y aún por personas nacidas en América, especialmente en el Perú.

La cronología de las distintas dinastías de los incas está basada en documentos, principalmente manuscritos —algunos ya impresos—, de *erónicas* escritas en los primeros decenios de la época de la conquista del Perú,



Figura de Pachacuti Inca Yupanqui, en la galería de dibujos de Guaman Poma de Ayala.

figurando entre éstas, las del P. Blas de Valera, del Inca Garcilaso de la Vega y de Felipe Guaman Poma de Ayala; los escritos del indígena Juan de Santa Cruz Pachacuti Yanqui Salmamayha; como asimismo, de algunos cronistas, por ejemplo el P. Bernabé Cobo, el Virrey Francisco de Toledo y otros.

Ellos escribieron una historia incaica prehispanica, basándose sólo en la tradición oral, que se heredaba desde siglos entre los súbditos del imperio incásico, especialmente entre los sacerdotes de los templos del Sol. Como se comprenderá, las mixtificaciones eran numerosas, lo mismo los errores y los falsos conceptos de hechos e interpretaciones de los acontecimientos. Ha

resultado así una FUENTE de datos dudosos y de difícil aceptación por parte del historiógrafo moderno.

La época de la redacción de estas primeras crónicas e informes data sólo desde principios del siglo XVI hasta mediados del siguiente. "Cuando se funda cualquiera descripción en un material de este tipo — escribe Wedin— será de decisiva importancia el método que se utilice. La crítica histórica moderna de las fuentes no es desconocida en la investigación incaica, pero se aplica muy rara vez. Puede ser que se deba a esto que son sobre todo los etnógrafos, los antropólogos y lingüistas, los que se han dedicado al estudio del imperio incaico y, al hacerlo, han entrado en lo que propiamente pertenece al campo histórico".

A través de su trabajo, el Dr. A. Wedin se basa en estas fuentes, aunque debemos reconocer, por nuestra parte, que han sido los más antiguos cronistas, que se encontraban más cerca de la época enfocada en sus descripciones, quienes han servido a los que siguieron, transcribiéndose o copiándose mutuamente —manera fácil de escribir la historia—, sin un criterio crítico, ni científico, ni filosófico.

También es necesario considerar que aquellos cronistas, como casi todos los que en la primera época escribieron sobre la prehistoria americana, estaban directamente influenciados por los conceptos de la religión dominante, es decir, la de los conquistadores, que era intolerante y fanática.

De acuerdo con las investigaciones modernas que se ocupan de la historia del imperio incaico, sabemos que los incas que oficialmente han gobernado aquel país y sus colonias, fueron los siguientes:

- 1 Manco Cápac
- 2 Sinchi Roca
- 3 Lloque Yupanqui
- 4 Mayta Cápac
- 5 Cápac Yupanqui
- 6 Inca Roca
- 7 Yahuar Huácac
- 8 Viracocha (= Huira Cocha) Inca
- 9 Pachacútec Inca Yupanqui
- 10 Tupác Yupanqui
- 11 Huaina Cápac
- 12 Huascar y
- 13 Atahualpa

De acuerdo con datos comprobados, nada se sabe en forma 'oficial' sobre los primeros siete incas de la lista precitada, y los hechos relacionados con ellos están envueltos en un manto de misterio. La verdadera historia conocida y debidamente comprobada sólo principia con Viracocha Inca, ya que después de éste se indi-

can años precisos y se sabe, además, que las verdaderas conquistas del territorio andino, comenzaron en este lapso.

Así podemos reconstruir la siguiente cronología, respecto a las fechas o años, en que gobernaron los siguientes:

	<i>gobernó</i>	
Viracocha Inca	hasta 1438	
Pachacútec Inca Yupanqui	1438 hasta 1471	33 años
Tupác Yupanqui	1471 hasta 1493	22 años
Huaina Cápac	1493 hasta 1525	32 años
Huascar	1525 hasta 1532	7 años y
Atahualpa	1532 hasta 1533	1 año.

La precisión de estas fechas, por otra parte, tiene una gran importancia para la cronología de la historia prehispana chilena por dos acontecimientos directamente relacionados con los incas, ya que se sabe que ellos invadieron y aun conquistaron militarmente en dos ocasiones el territorio chileno actual. Para escribir este breve comentario, nos hemos servido de varias fuentes que indicaremos oportunamente en las líneas siguientes, y que sólo nos basamos como punto de partida o de comparación, en una de las fechas propuestas por el Dr. Wedin.

La última invasión incaica de Chile central tuvo lugar en 1473, año en que las tropas al mando del Inca Tupác Yupanqui quisieron conquistar el sur de Chile, pero que fueron derrotadas en aquel mismo año en la ribera sur o muy cerca del río Maule. Este es un hecho confirmado y sobre el cual informan todos los cronistas e historiadores que han escrito sobre estos acontecimientos con bastante detalle.

Sin duda, don Alonso de Ercilla y Zúñiga, en el Primer Canto de *La Araucana*, se refiere también a esta invasión incásica, cuando afirma que los araucanos son gente:

"... tan granada,  
tan soberbia, gallarda y belicosa,  
que no ha sido por rey jamás regida,  
ni a extranjero dominio sometida".

Don Pedro de Valdivia, que debe haber conocido muy bien también estos antecedentes, al informar a Carlos V sobre el reparto de algunas tierras con indígenas, a sus soldados, dice lo siguiente, respecto a la región del río Maule:

"... y la relación que pude tener fue de  
"cantidad de indios desde el valle de Ma-  
"pocho hasta Maulli, y muchos nombres de



"caciques; y es que, como estos nunca han servido, porque el Inga no conquistó más de hasta aquí...".

Finalmente, don Garcilaso de la Vega, en *Comentarios Reales de los Incas*, escribe sobre esta conquista, lo siguiente:

"Los Incas, habiendo reducido a su Imperio el valle de "Chili", dieron aviso al Inca de lo que habían hecho, y cada día se lo daban de lo que iban haciendo por horas... y así llegaron conquistando los valles y naciones que hay hasta el río de Maulli... No se sabe qué batallas o recuentos tuviesen; ántes se tiene que se hubiesen reducido por vía de paz y de amistad, por ser éste el primer intento de los Incas en sus conquistas, atraer los indios por bien y no por mal. ... pasaron los Incas el río Maulli, con veinte mill hombres de guerra, y, guardando su antigua costumbre, embiaron a requerir a los de la provincia Purumauca que los españoles llaman Promaucaes, si recibiesen al Inca por Señor o si se apercibiesen a las armas. Los Promaucaes... respondieron que los vencedores serían señores de los vencidos y que muy presto verían los Incas de que manera los obedescían los Purumaucas.

"Tres o cuatro días después de la respuesta, asomaron los Purumaucas con otros vezinos suyos, aliados, en número de diez y ocho o veinte mill hombres de guerra.

"Al día siguiente salieron ámbos exercitos de sus alojamientos y arremetiendo unos con los otros, pelearon con grande ánimo y valor y mayor obstinación, porque duró la batalla todo el día... El segundo y tercer día pelearon con la misma crueldad y pertinencia... El cuarto día, aunque los unos y los otros se pusieron en sus escuadrones, no salieron de sus alojamientos, donde se estuvieron fortalecidos, esperando defenderse del contrario si le acometiese. Así estuvieron todo aquel día y otros dos siguientes. Al fin dellos se retiraron a sus distritos, temiendo cada una de las partes no hubiese embiado el enemigo por socorro, a los suyos... A los Purumaucas y a sus aliados les pareció que habían hecho demasiado en haber resistido las armas de los Incas, que tan poderosos y invencibles se habían mostrado hasta entónces; y con esta presunción se bolvieron a sus tierras, cantando victoria y publicando haberla alcanzado enteramente.

"Y los Incas, previa consulta con sus jefes, acordaron en bolverse a lo que tenían ganado y señalar el río Maulli por término de su Imperio y no pasar adelante en su conquista hasta tener nueva orden de su Rey Inca Yupanqui, al cual dieron aviso de todo lo suce-

"dido... Con este mandato, cesaron los Incas de Chili de sus conquistas, fortalecieron sus fronteras, pusieron sus términos y mojonos que a la parte del sur fue el último término de su Imperio el río Maulli. Attendieron a la administración de su justicia y a la hacienda real y del Sol con particular beneficio de los vasallos, los cuales, con mucho amor, abraçaron el dominio de los Incas, sus fueros, leyes, y costumbres, y en ellas vivieron hasta que los españoles fueron a aquella tierra".

Pero, uno de los cronistas mejor documentados de la prehistoria peruana fue F. Montecinos, que recopiló la mayor parte de sus datos históricos de las tradiciones de los *Amanutus*, que eran los sabios y sacerdotes de los templos del Sol y guardadores de los *quipus*, es decir, del archivo de los Incas. "Es indudable que éstos, mejor que nadie, sabían la historia y la tradición de su raza".

Montecinos hace la siguiente narración, relacionada con la invasión de Chile por parte de Tupac Yupanqui, el año de 1473:

"Vivió Yahuar Huácac cincuenta años, habiendo reinado dos; y dejó para heredero a Huira Cocha que fue el sétimo Inca y muy valiente. Entre los indios fue tenido por mas que hombre, y así le llamaron Huira Cocha con el nombre del Criador de todas las cosas; el suyo propio fue Tupac Yupanqui. Comenzó a reinar de 30 años.

"Pocos días después de haber tomado posesión del reino, vinieron de Chili dos sobrinos suyos, hijos de su hermana y de una prima hermana; nacidos en aquel país; a éstas casó con dos señores de Yahuar Huácac, su padre, cuando vinieron aquellas tropas de gentes en tiempo de su abuelo Sinchi Roca"... "como era pacífico (el Inca); y ellos se mostraron humildes, casó (como queda ya dicho) a uno con su hija y al otro con su sobrina y envióles a Chili, y ellos trataron con todo amor a sus mujeres; tuvieron de ellas dos hijas, y sabiendo la muerte de Yahuar Huácac, y como sucedió Huira Cocha en el reino, enviáronse los padres para que vieses y conociesen a su tío. Fueron recibidos con gran agasajo y regalía, tratados como príncipes de la casa real y colmados de atenciones.

"Agradecidos los chilenos de esto, le suplicaron a su tío fuese a visitar el reino de Chili, por el deseo que todos los de él tenían de verle y conocerle, y gozar de sus consejos y presencia.

"Concedióles estos para el año venidero, despidiéronse del Inca, volviéndose a sus tierras con muchos incas orejones que les quisieron acompañar, con seis de su consejo, para que les enseñasen el gobierno político. Fueron con ellos algunas pallas y otras mujeres. Lle-

"varon muchas vajillas de oro y gran número de ovejas de la tierra."

Informa en seguida Montecinos, que al año siguiente, efectivamente "llegó el Inca a Chili; todos los señores más principales del reino le dieron la obediencia; recibieron con mucho amor, pero vivía muy vigilante y rescatado, porque conoció en ellos intenciones altiva. Estuvo dos años en Chili, dejó a sus sobrinos ya obedidos y quietos; dióles órden que siempre tuviesen en su corte los mas bulliciosos e inquietos, y que con alguna buena ocasión los privase de las vidas. Llevó (el Inca) consigo a Cuzco los hijos de los señores en prenda, y para que aprendiesen la lengua general; y llevó mas de dos mill soldados chilenos, escogidos en aquellas provincias, para la conquista que esperaba hacer, desde los Chachapoyas, abajo por la sierra"<sup>79</sup>.

De acuerdo con estas narraciones, aunque son un poco difusas por los nombres que se indican, es fácil darse cuenta que debe haber existido anteriormente una primera conquista incaica a la de Tupác Yupanqui, que ocupó gran parte de Chile central, especialmente el territorio que desde antiguo debe haberse denominado por parte del Inca con el nombre de *Chili* o *Chilli*, es decir, aquellas tierras ricas en minas auríferas dentro o cerca del valle del río Aconcagua.

Esta conquista queda, además, comprobada con la existencia de los pucarás o fuertes incaicos, cuyas ruinas aún se reconocen en varias localidades, aunque de verdad, no eran verdaderas plazas fortificadas, sino miradores o lugares destinados para recibir y dar señales, para así comunicarse noticias por medio de fogatas; o bien alojamientos con depósitos de alimentos, principalmente a orillas del "camino real del Inga", que se iniciaba en Cuzco en dirección al sur, o sobre determinados cerros y montes de ubicación estratégica. Sobre este camino, el P. León Strube Erdmann, S. V. D., nos dio a conocer un valiosísimo trabajo de investigación, intitolado *Viabilidad Imperial de los Incas*<sup>81</sup>. Creemos que la primera conquista militar de Chile central, efectuada por los incas, debe haberse realizado en tiempos del Inca Yahuar Huacac, que correspondió más o menos a fines del siglo XIV, ya que es fácil calcular que los incas deben haber gobernado nuestro territorio desde entonces hasta el año de 1473, en que apareció el Inca Tupác Yupanqui, en un lapso de casi tres cuartos de siglo, tiempo por demás suficiente no sólo para ubicar y trabajar minas de oro, sino también para construir pucarás y aun canales de riego para adelante de la agricultura, levantar templos dedicados al dios Sol, consagrar piedras de sacrificios humanos, etc. Además de la sobrevivencia de numerosas voces quichuas y de una toponimia que aún persiste

en muchas localidades dentro del territorio que ellos conquistaron.

En cambio, los aborígenes chilenos —los promaucas y mapuches— no aprendieron de los incas sus culturas (agricultura, tejidos, alfarería, etc.).

En resumen, debemos dejar constancia que han existido dos invasiones en gran escala por parte de los 'Ingas del Valle del Cuzco' del territorio de Chile central (Santiago hasta Maule), de acuerdo con la cronología indicada más arriba, basada además en los restos arqueológicos que aún podemos reconocer en nuestro país y que son de efectivo origen incaico.

(1) Wedin, Ake. *La Cronología de la Historia Incaica*. Estudio crítico. Instituto Ibero-Americano de Gotemburgo, Suecia. Madrid, 1963.

(2) Latham, R. E. *Hasta dónde alcanzó el dominio efectivo de los Incas en Chile?* Rev. Chil. Hist. Nat. xii (4): 178-199. Santiago de Chile, 1908.

(3) Wedin, I. c.: 8.

(4) El Padre don Diego de Rosales dice textualmente que, "yendo a Colina el capitán Rodrigo Orgóñez Orgóñez (que vino a Chile con don Diego de Almagro), llegando al lugar en que residían los caciques y gobernador del Inca, se apenaron los soldados en una gran casa de paja, que era templo y adoración de los indios peruanos, donde hallaron nuevos (debe decir muchos) ídolos, de manera que luego les pegaron fuego, y viniéndoles los indios a decir que no se alojaban allí, que se caería el cielo y se enojarian los dioses, hicieron burla de ellos, y derribaron los altares, y siendo ya de noche fue tanto el viento y agua que sobrevino que se hubieron de salir de allí, y al punto que salieron dio toda la casa en tierra" (D. de Rosales, Historia General del Reyno de Chile I. 370).

Conviene recordar que este Rodrigo Orgóñez fue uno de los primeros españoles favorecidos con las riquezas del rescate del Inca Atahualpa; además recibió en Cuzco un valioso solar y que contrajo matrimonio con María de Valverde, hermana del P. Fray Vicente de Valverde, que intervino tan cristianamente en la muerte del último Inca, Atahualpa; más tarde, obtuvo el título de Mariscal, en mérito de su humana labor desarrollada como conquistador español.

(5) Véase, por ejemplo, página 3 de la edición de *La Araucana*, "para uso de los chilenos de Abraham König". Santiago de Chile, 1888.

(6) Carta de don Pedro de Valdivia al Emperador Carlos V, escrita en La Serena, el 4 de septiembre de 1545; en *Cartas de Pedro de Valdivia que tratan del descubrimiento y conquista de Chile*. Edición... por J. T. Medina. Fondo José Toribio Medina: 44. Santiago de Chile, 1953.

(7) *CHILI, CHILLI, Chile*: Nombre con que primitivamente se llamaba al valle del río Aconcagua, en la época prehispánica, especialmente por los incas que llamaban así a esa región tan rica en minas auríferas. Este nombre figura la primera vez en forma oficial durante la expedición de Diego de Almagro; más tarde se generalizó para designar CHILE a todo el país que ahora se llama así.

Probablemente era el nombre de algún poderoso cacique que vivía en esa región en tiempos de las conquistas incásicas, y cuyo recuerdo se conservó a través del tiempo y de la distancia. Su forma arcaica sería *tili, tili thile* = es decir *TRILE*, nombre de un ave silvestre conocida también en esa región; entonces sería un nombre de un tótem; tenemos en idioma mapuche *chile* = gaviota conocida con tal nombre (véase P. Félix José de Augusta. Diccionario Araucano-español, tomo I: 21. Santiago de Chile, 1916); esta etimología es la que aceptan la mayoría de los autores que se han preocupado de esta cuestión. Por otra parte, si esta palabra CHILI fuera dada por los incas a la región indicada o a un territorio más vasto, se podría creer en una etimología de origen quechua de *chilli* = frío, aunque su forma más moderna es *chiri* (Véase Dr. E. W. Middendorf. Wörterbuch der Runa Simi oder Ketsua Sprache: 338. Leipzig, 1890); además, en aimará, la voz *chilli* significa los 'cerros del mundo' (véase vocabulario de la lengua aimará compuesto por el P. Ludovico Bertorio. Tomo II: 84; Aynará-Castellano. Leipzig, 1879).



(8) **PURUMAUCA**: es el nombre que los incas daban a los indígenas chilenos que vivían en las actuales provincias de Curicó hasta Concepción-Nuble; su etimología es *purum auca* = enemigos no sometidos, rebeldes, salvajes; son palabras de origen quechua.

No es el nombre de una tribu o de alguna entidad racial, sino que era la denominación dada sólo por los incas a los indígenas no sometidos a ellos.

Los españoles, en la primera época de la conquista, transformaron este nombre en *purumauca*, primeramente; más tarde en *promáuca*. Siempre usaban esta palabra en plural: *promáucaes*.

Los indios que eran así denominados formaban parte de los *picunches* (= *picun* = norte, y *che* = gente; es decir, gente del norte del Bio-Bio, ya que al sur de este río vivían los

mapuches; al sur del Toltén los *huilliches* = *huilli* = sur, y *che* = gente; es decir, gente del sur.

(9) Inca Garcilaso de la Vega. *Comentarios Reales de los Incas*. Tomo II: 130-133, de la Edición al cuidado de don Angel Rosenblatt, del Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires; prólogo de don Ricardo Rojas. Edición *EMECE*, Buenos Aires, 1943.

(10) Transcrito del trabajo de don R. E. Latham, l. c.: 196-198.

(11) León Strube Erdmann. *P. Vialidad Imperial de los Incas*. Universidad Nacional de Córdoba. Facultad de Filosofía y Humanidades. Instituto de Estudios Americanistas. Serie Histórica No xxxiii. Córdoba, 1963.

## LA MEDIDA, LA MISERIA Y LA REPETICION

por el prof. JUAN RIVANO

De la Facultad de Filosofía y Educación

La medida aparece entre las categorías que expone Hegel en su *Lógica*. Dicho de una vez, la medida es la síntesis dialéctica de la cantidad y la cualidad. Como no quiero perderme en consideraciones escolares, no agregaré más en esta dirección (1). Sólo diré que, aunque tengo a la vista el desarrollo hegeliano y de él saco la articulación fundamental de lo que voy a decir, con todo, mucho más me importa atenerme a las condiciones del terreno en que me mueva. Si lo que dice Hegel no concuerda con todo lo que dice la realidad, tanto peor para Hegel.

Quiero poner en relación la medida, la miseria y la repetición con el fenómeno social del trabajo. En el trabajo hay un aspecto cuantitativo que puede expresarse de muchas maneras: horario de trabajo, cantidad de productos del trabajo, cantidad de dinero (el salario) dado a cambio de la fuerza de trabajo. Hay, además, un aspecto cualitativo: naturaleza de los movimientos y aspectos mentales que implica el trabajo, variedad de estos movimientos y aspectos mentales, conformación física y mental del que trabaja, condición de los instrumentos y medios de trabajo. Y ahora lo importante: lo que llamamos medida, hablando del trabajo como actividad, es la totalidad conformada con los aspectos cuantitativos y cualitativos del trabajo.

Aquí hay que afinar el ojo. Digamos, en primer lugar, que "trabajo" es nombre que empleamos para referirnos a una actividad. Trabajo es, con expresión más adecuada, el trabajar. En segundo lugar, el trabajo es un fenómeno real; algo existe, o deviene, que llamamos trabajo; por lo tanto, el trabajo tiene una medida, es decir, así como de hecho se produce, el trabajo exhibe una cierta relación de la cantidad y la cualidad. En tercer lugar, para percibir adecuadamente lo que nos proponemos tratar aquí sobre la medida del trabajo, importa despejar uno entre los aspectos

cuantitativos del trabajo y eliminarlo. Este aspecto es el salario. Porque el salario se proyecta cuantitativamente en dos direcciones: sobre el trabajo del asalariado y sobre lo que es propiamente la vida del asalariado. La vida del asalariado no es algo que exista mientras éste trabaja; mientras trabaja, el asalariado es sólo uno de los factores de la producción. Mientras trabaja, el asalariado es usado; no vive, hablando propiamente. La frase "el asalariado trabaja para vivir" debe leerse literalmente: Después que trabaja y porque trabaja el asalariado puede vivir. Cuando comienza a vivir, la medida de su vida es la reunión dialéctica de su salario (es decir, algo cuantitativo) y una cierta cualidad de gozo compatible con su salario. Es por esta razón, porque el salario entra explícitamente en la medida de la vida del asalariado, que conviene aislarlo y abstraer la función más implícita que desempeña en la medida del trabajo. Por lo tanto, y para terminar con esta aproximación a la medida del trabajo decimos que es la unidad existente de los aspectos cualitativos (conformación del trabajador y de los instrumentos y materiales del trabajo) y cuantitativos (tiempo de trabajo y cantidad de productos del trabajo).

Antes de entrar en consideraciones críticas sobre la medida del trabajo asalariado (porque del trabajo asalariado hablamos aquí), importa advertir sobre un juicio que pudiera hacerse y cuyo efecto sería cerrar el paso a toda crítica. Al asignar al trabajo una medida, podría pensarse que siendo esta la unidad dialéctica y existente de los aspectos cuantitativos y cualitativos del trabajo, nada queda por hacer. Lo que existe, existe; y además si ello existe como armonía o proporción, es decir, si tiene una medida, no sólo debemos acatar su existencia sino además consagrarla, puesto que es armoniosa, es decir, razonable. Esta consideración olvidaría el obvio principio de que todo lo existente tiene una medida; puede además decirse que es justamente